

## 1 BELINDA TARSO

La niebla abrazaba la ciudad con su tristeza pálida cuando salí de casa pensando en las incidencias del nuevo curso.

Llegué al instituto, atravesé la verja que lo circundaba y, nada más entrar, me sorprendieron unos gritos espectaculares desde la primera planta:

-¡No tienes vergüenza! ¡Preséntate al Jefe de Estudios! ¿Te enteras, Belinda? ¡Al Jefe de Estudios!

La alumna, roja de irritación, bajó la escalera, se cruzó conmigo en el vestíbulo y me volvió la cara.

Miré la hora, faltaban unos minutos para el recreo. Entré en el Departamento de Filosofía, encendí el ordenador y comencé a teclear incitado por un impulso de obstinación:

*Primero de Octubre. ¿Cuándo acabará esta triste historia? ¿Cuándo...?*

El sol apartó momentáneamente la niebla, y su luz nueva se derramó por el interior del edificio, dando vigor al pequeño jardín de la entrada.

Mis manos se disponían sobre el teclado para transcribir otras inquietudes, cuando una marea de voces y pasos acelerados comenzó a fluir desde las aulas hasta el patio.

Me levanté y salí a ver qué había pasado con Belinda.

Bastaba ver sus gestos y la excitación que desprendía para saber que la entrevista con el Jefe de Estudios había sido de alta tensión.

-¡Me importa un pepino que me echen! -chispeaban sus ojos azules-. ¡Este instituto es un asco!

Durante el recreo la pandilla de Belinda charlaba de sus cosas en las gradas del campo de baloncesto, que bordeaba una hilera de altos chopos.

-¿A quién se le ocurre mandar a la mierda al profesor de Lengua? -la amonestó Eduardo Almenara, que era delegado de curso.

-¡Fue chulísimo! -gritó Óscar Rivera, típico alumno obeso y juerguista.

-Además, no es la primera vez que montas un pitote, tía, así no terminas Primero de Bachillerato en tu vida -insistía Eduardo sentado en un escalón.

Belinda, de pie, clavó en él su mirada de rabia:

-Pero tío, ¿no sabes que el de Lengua no me puede ver? ¡Me pone enferma! -sacudió, exasperada, su melena rubia rizada-. ¡No lo trago!

-Tampoco me trago yo este bocadillo, ¡vaya pan chicloso! -se quejó Belén García, novia de Eduardo sentándose a su lado.

-Allí viene el profe de Filosofía.

Samuel atravesaba el patio para hablar con Belinda, pero al ver la acogida que la chica hallaba en sus amigos, lo dejó para otro momento y se limitó a inclinar su cuerpo alto y huesudo y a enviarle un saludo con la mano.

Al poco se incorporó a la pandilla Mario Reina, un alumno tímido y de carácter sensible, que solía llevar consigo una mini grabadora, y preguntó a Belinda por la encerrona con el Jefe de Estudios.

-¡Uf...! El capullo, al poco de entrar se lió a gritarme: «¡no es la primera vez que el de Lengua te echa de clase!» -lo remedaba cómicamente con voz grave-. «¿Es que no conoces la decencia, niña?»». Siguió insultándome y salí echando leches.

-Pues vete preparando, que ese te la juega -pronosticó Belén, y le dio el último bocado a su pan chicloso.

-¡Atención, llega el prenda del Conserje! -pregonó Óscar Rivera abriendo un paquete de gusanitos-, y viene por ti, Belinda -observó a la compañera con sus ojos levemente achinados.

Leo Sandoval, el Conserje, se detuvo ante ella.

-El Director te espera en su despacho -le avisó.

-¡Joder!

Sonó el móvil de Óscar.

-Adiós, colegas, me llevan al destierro -dijo Belinda levantando un brazo.

El chico comilón y divertido miró la pantalla del teléfono:

-¡Porca miseria! -su muletilla favorita-. ¡Es el novio de mi madre! Me controla como si fuera mi padre -y cortó la comunicación.

Belinda avanzó con evidente contrariedad hacia el edificio de dos plantas, construido con ladrillo visto, que se erguía ante ella como un odioso antagonista. Entró en el despacho, aguantó el discurso del Director y la subsiguiente sentencia: "Tres días de expulsión".

Recogió sus pertenencias de la clase y se dirigió a la salida del instituto.

Samuel la esperaba junto al pequeño jardín de la entrada.

- Hola, Belinda.

Ella prosiguió hacia la puerta sin detenerse.

-A ver si reflexionas un poco y mejoras, mujer -le dijo cuando ya le daba la espalda.

-¿Reflexionar? -se volvió- ¡Y una porra! Díselo al de Lengua, ¡ese tiene la culpa, que la ha tomado conmigo! -se encendieron sus mejillas tras la cortina de sus rizos-. ¿Es que no lo sabes...?

El profesor se ajustó sus gafas redondas de montura metálica y la observó serenamente. Sus cuarenta y tres años, su entrega al trabajo docente, así como su insatisfacción crónica ante la injusticia, habían marcado su rostro con ramales de estrías.

-Lo siento de veras, Belinda.

Ella se echó la mochila a la espalda, compuso un vago gesto de despedida y salió.